

CONDUCTA PROSOCIAL: UNA ALTERNATIVA A LAS CONDUCTAS AGRESIVAS¹

Recibido: febrero 20 de 2013/**Revisado:** agosto 8 de 2013/**Aceptado:** septiembre 27 de 2013
Por: Jesús Redondo Pacheco², Silvia Rueda Rueda³ y Camila Amado Vega⁴

RESUMEN

La conducta prosocial se trata de todo comportamiento que se hace voluntariamente en beneficio de los otros con independencia de que reivierta en nuestro propio beneficio. Este artículo revisa el concepto de la conducta prosocial destacando su vital importancia porque permite potenciar desde edades tempranas conductas como la solidaridad, tolerancia, cooperación y ayuda, además de prevenir comportamientos violentos, xenófobos o agresivos, entre otros. Así, debido a la importancia que juegan las conductas prosociales en las relaciones sociales, es vital comprender este constructo y, para ello, se necesita delimitar el concepto de lo que es ser prosocial.

Este artículo se trata de una revisión teórica del tema, haciendo alusión a diferentes estudios que investigan sobre algunos aspectos presentes en las conductas prosociales. Así, además de presentar una definición de lo prosocial, se muestran algunas investigaciones relacionadas con este este tipo de conductas y su prevalencia según diferentes variables.

Palabras clave: Conducta prosocial, personalidad, adolescencia.

PROSOCIAL BEHAVIOR: AN ALTERNATIVE TO AGGRESSIVE BEHAVIORS

ABSTRACT

Prosocial behavior is any behavior that is done voluntarily for the benefit of others, regardless that they revert to our own benefit. This article reviews the concept of prosocial behavior emphasizing its vital importance because it allows strengthening behaviors such as: solidarity, tolerance, cooperation and assistance, from early ages. In addition, it helps to prevent violent, xenophobic or aggressive behaviors, among others. In this way, due to the importance that prosocial behaviors play in social relationships, it is vital to understand this construct and, to do so, it is necessary to define the concept of what to be prosocial means.

1 Artículo derivado de la investigación denominado "Análisis de la prevalencia de la conducta prosocial y agresiva de tres colegios de Bucaramanga".

2 Psicólogo de la Universidad de Murcia, España. Ph.D. Psicología. Universidad Miguel Hernández de Elche, España, Profesor Facultad de Psicología. Universidad Pontificia Bolivariana. Bucaramanga. Santander. Correo electrónico: jesus.redondo@upb.edu.co

3 Estudiante y Coinvestigadora. Universidad Pontificia Bolivariana. Bucaramanga. Santander. Correo electrónico: silvia.ruedar@gmail.com

4 Estudiante y Coinvestigadora. Universidad Pontificia Bolivariana. Bucaramanga. Santander. Correo electrónico: camilamado07@gmail.com



This article is a theoretical review of the topic referring to different studies that research about some aspects that are present in prosocial behaviors. So, besides giving a definition of prosocial, some researches related to this this type of behavior and their prevalence according to different variables, are shown.

Key words: Prosocial behavior, personality, adolescence.

COMPORTAMENTO PROSOCIAL: UMA ALTERNATIVA PARA O COMPORTAMENTO AGRESSIVO

RESUMO

É qualquer comportamento que é voluntária em benefício dos outros, com independência de que inversão do nosso próprio benefício. Este artigo revisa o conceito de comportamento prosocial enfatizando sua importância vital, pois ela permite aumentar de idades mais precoces dos comportamentos como, por exemplo, a solidariedade, a tolerância, Cooperação e assistência, além de prevenir comportamentos violentos, xenófobos ou agressiva, entre outros. Além disso, devido à importância que desempenham o prosocial comportamento nas relações sociais, é fundamental para compreender esse construto e, portanto, você precisa definir o conceito do que significa ser prosocial. Este artigo é uma revisão teórica do tema, referindo-se a diferentes estudos que investigaram sobre alguns aspectos presentes no comportamento prosocial. Assim, além de apresentar uma definição do prosocial, mostra algumas pesquisas relacionadas a esse tipo de comportamento e a sua prevalência em função das diferentes variáveis.

Palavras-chave: Comportamento prosocial, personalidade na adolescência.



INTRODUCCIÓN

En el ámbito de la psicología social se han llevado a cabo algunas investigaciones acerca de la conducta agresiva y sus implicaciones en la población adolescente, respondiendo a las situaciones que demanda el contexto (Inglés et al., 2008; Herrero, Ordóñez, Salas & Colom, 2002; Muñoz, 2004; Arias, 2013). Como un aspecto poco abordado se encuentran las conductas prosociales junto a sus elementos descriptivos, estudios que podrían incluir valiosos aportes sobre las características del comportamiento humano y la forma de contrarrestar algunas problemáticas importantes de considerar. Por tal motivo, esta revisión teórica pretende ser un aporte más y un elemento clave para exhortar estudios de esta naturaleza en el campo de la psicología social, aprovechando que en los últimos años ha aumentado el interés en este tema. Molero, Candela y Cortés (1999) destacan que el citado mayor interés hacia las conductas prosociales, tanto a nivel teórico como práctico, se centra en fenómenos como el aumento de conductas agresivas entre personas y otras como la xenofobia.

En este orden de ideas, González Portal (1995) realizó un trabajo donde muestra algunos de los más importantes estudios y aportes sobre el tema, presentando un resumen en los períodos comprendidos entre 1989 y 1997, donde se destacan los trabajos de varios autores (Darley & Latané, 1968-1970; Eisenberg & Fabes, 1989; Batson, 1989; Batson & Shaw, 1991; Miller, 1996 & Weiner, 1996, citados en González Portal, 1995).

Qué es eso de la conducta prosocial

El término comportamiento prosocial fue introducido a principios de los años 70 a raíz de un asesinato cometido en Nueva York donde 38 vecinos ignoraron las súplicas y las llamadas de auxilio de una mujer que fue apuñalada y finalmente asesinada por su agresor. La investigación de las conductas prosociales se encuentra en auge desde la última década y despierta gran interés dentro de los investigadores de la psicología social en el estudio de conceptos como las interacciones positivas con los otros, incluyendo la ayuda, compartir, colaborar o apoyar a otra persona, como así lo refieren Mestre, Tur, Samper, Nácher & Cortés (2007) en su estudio sobre los estilos de crianza en la adolescencia y su relación con el comportamiento prosocial. En términos generales, podríamos decir que este interés sobre el tema se debe por el aumento de fenómenos asociados con la agresión entre las personas, la naturaleza y la cultura, además de los tratos discriminatorios hacia mujeres, niños y ancianos, entre otros. A estos conceptos los encierra un constructo macro de interacción social, el cual es objetivo principal en esta revisión.

Por ello, el estudio de la conducta prosocial es un tema obligado dentro de las ciencias sociales ya que "se ha asociado con las conductas de consuelo, dar,



ayuda, altruismo, compartir, asistencia, cooperación, siendo la última en venir a escena la conducta de solidaridad" (Moñivas, 1996, p.127), conceptos claves en el papel que juega este tipo de conducta en la formación de las relaciones interpersonales positivas y en la importancia que tienen éstas en el mantenimiento del bienestar psicológico.

Roche, citado en Marín (2010), señala que son prosociales "aquellos comportamientos que, sin buscar una recompensa externa, favorecen a otras personas o grupos sociales y aumentan la probabilidad de generar una reciprocidad positiva de calidad y solidaridad en las relaciones interpersonales o sociales" (p.5). Es por eso que diferentes autores han mostrado un constante interés por lograr integrar o diferenciar la conducta prosocial de la conducta altruista considerando al altruismo como "aquella conducta voluntaria que beneficia a otra/as, y que, aparentemente, supone más costes que beneficios externos para su autor" (Chacón, 1985, p. 55).

Aunque la mayoría de autores admite que la conducta prosocial puede estar caracterizada tanto por motivos egoístas como por motivos altruistas, en muchas ocasiones no se puede diferenciar entre una conducta prosocial y una conducta no prosocial (Redondo e Inglés, 2009). En este sentido, Fuentes et al. (1998) presentan una distinción entre conductas prosociales y conductas altruistas, precisando que las conductas prosociales se entienden como aquellas conductas que benefician a otros y se realizan de forma voluntaria y, en cambio, las conductas altruistas presentan un componente motivacional, ya que generalmente se realiza con la intención de beneficiar a otras personas excluyendo la voluntad de obtener recompensas a corto o largo plazo.

Por otro lado, desde la perspectiva del aprendizaje, el comportamiento social proviene de las contingencias ambientales donde el entorno social, por medio de refuerzos positivos o negativos, promueve comportamientos socialmente aceptables (Urquiza & Casullo, 2005, p. 298). "La teoría del aprendizaje social considera que los comportamientos prosociales son productos de un largo

proceso de aprendizaje" (Bandura, 1982, citado en Urquiza & Casullo, 2005, p. 298). Además, la perspectiva cognitivo evolutiva señala que "el desarrollo moral es la resultante de la construcción, por parte del individuo, de razonamientos morales cada vez más ricos y elaborados" (Urquiza & Casullo 2005, p. 299), destacando que si el razonamiento moral es mayor, el comportamiento social se da mejor. Para la perspectiva epistemológica, "el comportamiento altruista es una manifestación de la existencia de estrategias eficaces para la supervivencia de cada especie, del clan o grupo cultural de pertenencia" (Urquiza & Casullo, 2005, p. 299).

METODOLOGÍA

La metodología del artículo se centra en una investigación descriptiva a partir de una revisión documental ya que se pretende abordar investigaciones centradas en la temática de las conductas prosociales. Para ello se recopilaron y analizaron informaciones relevantes a través de fuentes documentales como búsquedas bibliográficas teniendo en cuenta descriptores relacionados con lo prosocial, la personalidad y la adolescencia. Esto sirvió como referencia para observar cómo se han llevado a cabo otras investigaciones y a cuáles resultados y conclusiones se llegaron que son relevantes para el trabajo.

Conducta prosocial y adolescencia

El presente documento se nutre de diferentes estudios y posturas que definen la conducta prosocial y sus componentes dentro de la adolescencia, que generalmente se cataloga como un momento del ciclo vital disruptivo y con variables negativas que desencadenan crisis. En efecto, la crisis en la adolescencia se evidencia en función de la cantidad de cambios que obligan la organización y asunción de los aspectos físicos y mentales que comprometen al adolescente emergente, para responder a sus necesidades del proceso en desarrollo (Gómez, Hernández, Rojas, Santa Cruz & Uribe, 2008). No obstante, en este trabajo nos centraremos en otro tipo de conductas las cuales están desligadas del comportamiento agresivo.



Numerosos estudios transculturales de la conducta prosocial indican que en el adolescente es un elemento importante el papel de la conducta prosocial en la formación de las relaciones con sus iguales ya que los adolescentes prosociales tienden a presentar una tendencia empática hacia los demás (Calvo, González & Martorell, 2001; Mestre, Samper & Frías, 2002). Incluso no solo la adolescencia se encuentra como única variable, también se ubican la edad, el género y el curso que pueden tener influencia en los comportamientos. En cuanto a la relación de género y empatía, Miron et al. (1989) encontraron que existe una correlación significativa entre empatía y conducta antisocial, "presentando en los varones adolescentes antisociales niveles de empatía afectiva y cognitiva significativamente más bajos, mientras que para las mujeres estas diferencias fueron significativas únicamente para el componente afectivo de la empatía y para las conductas antisociales violentas" (p. 181).

Claramente, con este postulado se evidencia la incidencia del género en este tipo de conductas evidenciándose que las mujeres usualmente presentan mayores conductas prosociales en contraste con los hombres. Carlo, Hausmann, Christiansen, y Randall (2003), en un trabajo con adolescentes, encontraron no solo diferencias de género sobre las conductas prosociales a favor de las chicas, sino también diferencias en el tipo de conductas prosociales que realizan los chicos y las chicas adolescentes. Por su parte, Mestre et al. (2002) determinaron que hay ciertos predictores cognitivos y emocionales en la conducta prosocial y es por ello que se da lugar a una correlación estadísticamente significativa entre la conducta prosocial de los adolescentes y algunos procesos cognitivos como el razonamiento y otros emocionales como la empatía, la inestabilidad emocional o la agresividad.

En este orden de ideas, dentro del marco de los comportamientos y conductas prosociales es importante mencionar dos factores importantes a la hora de efectuar dichas conductas, a saber, la empatía y el razonamiento moral. Algunos estudios han analizado la formación de la empatía y

la relación que tiene con otros factores, tanto internos como externos, a lo largo del ciclo vital del individuo, encontrándose una concordancia entre la empatía y aceptación en el grupo de iguales; así, mayor nivel de aceptación con los iguales conlleva a más empatía. Garaigordobil y García (2006) encontraron que tanto niños como adolescentes con altos niveles de empatía tienen mayor estabilidad emocional, concluyendo que el individuo empático mantiene un buen autoconcepto y autoestima.

En este sentido, Eisenberg (2000) destaca que "para estudiar una conducta moral es importante y necesario incluir empatía y la regulación emocional" (citado en Urquiza & Casullo, 2005, p. 298). Así mismo, la adquisición del razonamiento internalizado permite comprender mejor lo que le está pasando al otro, así como sentir compasión y comprensión, pero no garantiza por sí misma conductas prosociales (Urquiza & Casullo, 2006); además, este concepto está relacionado con la disposición de las personas a realizar comportamientos prosociales y es un factor importante que favorece la inhibición de la agresividad (Mestre, Frías, & Samper, 2004; Sánchez-Queija, Oliva & Parra, 2006).

Por otro lado, esta relación también genera habilidad para controlar emociones (el autocontrol) jugando un rol primordial a la hora de darse la conducta de ayuda tomando en cuenta que las personas que presentan conductas prosociales son, por excelencia, sujetos que comprenden y conocen sus situaciones y valores internos que pueden ayudar en el ámbito externo. Como proceso cognitivo adicional, Inglés et al. (2011) concluyen que las conductas prosociales son factores predictivos positivos en las metas de aprendizaje y logro en los estudiantes, refiriéndose al interés que tienen los estudiantes por mantener un buen rendimiento académico y adquirir conocimiento más allá de los refuerzos que puedan obtener por mantener un buen rendimiento, impulsando con esto conductas y acciones de cooperación, ayuda y empatía.

En el marco de la adolescencia la conducta del voluntariado no tiene gran manifestación debido a que la persona no tiene muy claro su rol en el



entorno y no demuestra interés por algo o alguien de manera proactiva, pero en el momento en que se desarrolla en el individuo, éste puede adaptarse y apropiarse de manera más madura y autónoma generando en él una satisfacción personal al cumplir con los objetivos acerca de las condiciones de vida y la gobernabilidad de las comunidades en el momento de ayudar a los demás sin recibir nada a cambio.

En este orden de ideas, la responsabilidad social en el adolescente requiere de una serie de competencias sociales que aún no se han desarrollado debido a que la cultura no le ha dado la suficiente importancia (Enciso & Lozano, 2011). Así, la competencia social se refiere a las actitudes, habilidades y estrategias socio-cognitivas con las que el sujeto cuenta en la interacción social (Den Bak & Krasnor, 1991; Trianes, Muñoz & Jiménez, 2000), incluyendo en estas habilidades sociales, autocontrol, autoeficacia, autorregulación, empatía, reforzamiento social y estrategias cognitivo sociales.

Así, Aron y Milic (1999) definen la responsabilidad social como:

El compromiso personal de cada uno con los demás que incluye tres dimensiones necesarias para comprometerse con otro: entender que cada persona pertenece a una red social más amplia que tiene influencia decisiva en la construcción de la propia identidad; que las relaciones interpersonales están basadas en consideraciones éticas de justicia y de preocupación por los otros y que se debe actuar con integridad, consistentemente con los propios valores (p. 82).

¿Por qué actuamos de forma prosocial?

Así mismo, diversos autores manifiestan que los individuos actúan de forma prosocial porque de alguna forma, sin ser tangible, obtienen algún beneficio personal (Urquiza & Casullo, 2005); es por eso que dentro de la conducta prosocial se manifiestan diferentes elementos que encierran este tipo de conducta, como la empatía, el voluntariado, la solidaridad y reciprocidad basada en la

confianza, por lo cual es necesario ampliar la visión de cada uno y los efectos que generan en la conducta prosocial .

Para Gibbs, Basinger y Grime (2003) la empatía es "la capacidad para actuar teniendo en cuenta las necesidades de las demás personas, respetando las normas vigentes y la legalidad" (p. 298). El poseer la habilidad para situarse en el lugar del otro sin tener en cuenta la situación particular en la que se encuentra una persona lleva a que el individuo muestre una mayor cooperación desinteresada haciendo visible una conducta prosocial; desde esta perspectiva, la empatía se relaciona de forma positiva con los comportamientos prosociales y, contrario a ello, se relaciona de forma negativa con las conductas agresivas (Mestre et al., 2002; Retuerto, 2004; Garaigordobil & García, 2006).

En este sentido, se identifica la importancia del estudio al inferir que las conductas prosociales contrarrestan las conductas agresivas en la población adolescente que se introduce en el contexto escolar así como lo muestran algunas investigaciones que han encontrado relaciones significativas entre empatía y conducta prosocial (Etxebarria, Fuentes, López, Ledesma, Apocada & Ortiz, 1993). Para McMahon, Wernsman y Parnes (2006) y Mestre, Samper y Frías (2002), desarrollar la empatía aumenta la conducta de ayuda y disminuyen los comportamientos antisociales, mostrando que las conductas prosociales de alguna u otra forma pueden llegar a contrarrestar los comportamientos de hostilidad que puedanemerger en el ámbito escolar, debido a que la empatía es el principal motivador de la conducta prosocial, en sus componentes cognitivos (por la capacidad de comprensión del otro), pero especialmente en sus componentes emocionales (la preocupación por el otro).

De esta forma, desarrollar la empatía en los individuos implica "respuestas emocionales, experiencias vicarias o la capacidad para diferenciar entre los estados afectivos de los demás y la habilidad para identificar las dificultades y necesidades de los demás" (Garaigordobil & García, 2006, p. 180). En este sentido, investigaciones aplicadas han demostrado una relación directamente pro-



porcional en la que se describe que cuanto más alto es el nivel de empatía, mayor es la conducta cooperativa, aspecto éste de vital importancia para entender por qué a veces actuamos de esta forma particular considerando la posibilidad de que no se obtenga ningún beneficio objetivo (Rumble, 2004).

También se evidencia que la empatía y el altruismo no tiene gran manifestación durante la infancia, pero en la adolescencia y en la adultez se presenta de una forma más significativa, por lo que es probable que la empatía se desarrolle y se haga más estable a medida que avanza la edad, a medida que las personas van creciendo y procesando las experiencias que les provee su medio y la forma como se adaptan a éste (Garaigordobil et al., 2006).

Desde la perspectiva del desarrollo positivo de los jóvenes, una trayectoria vital psicológicamente saludable es “el producto del beneficio mutuo del aprendizaje de habilidades y competencias útiles para la vida, y de un entorno adecuado que apoye proporcione cuidados y seguridad” (Gutiérrez, Escartí & Pascual, 2011, p.13). Esta perspectiva no concibe la adolescencia como un periodo disruptivo y tormentoso, sino como una etapa de aprendizaje y de oportunidades, que puede estar mediatisada, como se mencionaba anteriormente, con la forma de adaptarse al medio y la manera en que se asuman las pautas de crianza junto a las distintas posibilidades de pensar, vivir y actuar (Benson, Scates, Hamilton y Sesma, 2006; Lerner, 2004).

Otra conducta representativa dentro de las conductas prosociales es el voluntariado, entendido como un “comportamiento de ayuda con carácter no obligatorio, que se lleva a cabo planificadamente y a través de la gestión de una organización y que no es puntual sino que se desarrolla por un periodo de tiempo relativamente extenso” (Gómez & Gaviria, 2007, p.411). El ejercer acciones de voluntariado generalmente lleva a que el individuo cree lazos afectivos y termine involucrándose emocionalmente con aquellas personas a las que les ha brindado su ayuda. Parece ser que de forma general este tipo de conductas implican compromisos temporales más estables,

de tal forma que aunque inicialmente se puedan dar entre desconocidos se puede llegar a relaciones más estrechas entre los implicados (López & Chacón, 1997; Galán & Cabrera, 2002). Cabe destacar que el voluntariado puede abarcar una gran variedad de conductas en pro del beneficio de las demás personas tratándose de una conducta de ayuda que se da a nivel grupal.

Para diferenciar el voluntariado de las demás conductas prosociales, Penner (2002) destaca cuatro grandes características propias de éste: en primer lugar, se trata de una conducta que se da a largo plazo, es decir, que de cierta forma implica un compromiso temporal relativamente estable; en segundo lugar, que es una acción pensada y planificada, lo que implica un grado de entrega y disposición de parte del individuo; en tercer lugar, que se trata de una ayuda no obligatoria, por lo que la persona escoge a voluntad propia cuándo quiere ayudar o no y bajo qué circunstancias; y, en último lugar, que se produce bajo un marco organizacional, lo que hace referencia al trabajo grupal dentro de determinada compañía que se encuentre vinculada directamente con la ayuda a tercera personas.

Además, las personas que ayudan necesitan retroalimentación (feedback) de la víctima, lo cual implica constatar que su ayuda generó algún beneficio y que, por ende, la víctima resultó favorecida con su intervención; generando un sentimiento de alegría empática, en el sentido de que los sentimientos agradables que se generan en la persona a la que se ayuda son compartidos (Hernández, 2005).

Otro tipo de conducta prosocial que debe tenerse en cuenta en esta revisión es la reciprocidad basada en la confianza. El intercambio de favores entre personas conocidas o desconocidas es un tipo de conducta prosocial que tiene la probabilidad de aumentar cada vez que el individuo actor de ello confía en que ayudando, posiblemente en un futuro cuando lo necesite, también será ayudado. De esta forma, es posible observar la directa relación entre la confianza y la reciprocidad. La confianza en la reciprocidad positiva en los tiempos futuros es esencial para iniciar una integración cooperativa durante la adolescencia. Además,

la reciprocidad es necesaria para mantener las relaciones sociales con los grupos entre iguales (Lahno, 1995).

Finalmente, ocurre muy frecuentemente en algunas culturas que el hecho de ver a una persona necesitada despierte en los individuos un impulso hacia el querer ayudar desinteresadamente; pues bien, esto es un ejemplo de lo que aquí se concibe como comportamiento prosocial y hace referencia específicamente a la conducta prosocial de solidaridad.

La solidaridad se entiende como “la colaboración desinteresada y sin fines de lucro con personas que padecen algún tipo de necesidad no satisfecha, generalmente de orden básico” (Merlino, Roqué & Virdó, 2007, p. 2). Es importante resaltar que el significado otorgado a la conducta de solidaridad actualmente al igual que al de voluntariado no tienen una connotación de obligatoriedad. Con esto se quiere dar a entender que un individuo no actúa solidariamente cuando cree que lo debe hacer por cumplir una obligación moral con alguien; por el contrario, se actúa solidariamente solo cuando la persona en realidad desea hacerlo por voluntad propia y sin ningún interés. En este orden de ideas, Picas (2003) expone que “la solidaridad, cuando no aparece como una obligación impuesta, deviene de una cuestión de simpatía, una opción ya no estrictamente necesaria, sino deseable” (p.68).

Probablemente, al dar algunos ejemplos de conductas que tienen un contenido prosocial, se genere un mejor entendimiento de todo lo que éstas abarcan. Según Moñivas (1996), las siguientes pueden ser consideradas como ejemplos de conducta prosocial: “Ser miembro activo de movimientos sociales, trabajar como voluntario en una ONG, ser solidario con la defensa de una causa, tener una motivación por el trabajo más allá del dinero y el poder, prestar ayuda en situaciones de emergencia, entre otras” (p. 129).

Conducta prosocial y familia

La familia es un factor determinante para que se generen conductas prosociales en el individuo

destacando el lugar que ocupan las prácticas de crianza ya que favorecen a difundir unos valores y normas socialmente aceptables en un futuro próximo (Grusec & Goodnow, 1994; Grusec, Goodnow & Kuczynski, 2000; Hastings, Utendale & Sullivan, 2007, Davidov & Grusec, 2006; Eisenberg & Vaillante, 2002; Licher, Shanahan & Gardner, 2002). El estilo de crianza y aquellos modelos que son inculcados en la adolescencia ayudarán o no en el comportamiento prosocial. Desde el punto de vista social, existen socializadores que influyen en las conductas que pueden adquirir los niños y que se van dando a lo largo de la vida, es por eso que:

Los patrones de crianza adoptados por ellos en la familia resultan importantes ya que los niños, según la teoría del aprendizaje social, pueden aprender su relación con las demás personas observando modelos importantes como los de su familia, siendo ésta considerada como primer medio social donde el niño va aprendiendo a resolver conflictos y a convivir con otras personas (Enciso & Lozano, 2011, p. 84).

Por ello, son muy importantes las relaciones que se establecen tanto con la madre como el padre, así como la implicación de ambos padres en la crianza, la disponibilidad y el grado de apoyo que percibe el adolescente, y en general, el predominio de una buena comunicación, para un buen apoyo instrumental y emocional de ambos padres (Rodrigo et al., 2004; Mestre, Tur, Samper, Nacher & Cortes, 2007; Eisenberg et al., 2005).

Diferentes estudios de corte evolutivo señalan que la respuesta prosocial se vuelve relativamente estable durante los últimos años de la infancia y los primeros años de la adolescencia implicando el desarrollo psicológico, procesos atencionales y evaluativos, razonamiento moral, competencia social y capacidad de autorregulación (Caprara & Zimbardo, 1996; Mestre, Tur, Samper, Nacher & Cortés, 2007).

Es importante analizar la influencia del contexto académico ya que a través de éste se aumentan las oportunidades de contacto con otros niños llevándolos a aceptar y tolerar otras personas (adultos



y niños) que no resultan simpáticos, aprendiendo a controlar sus conductas a través de las reglas y normas que en este contexto se imponen (Navarro, 2003; Zahn-Waxler, Schiro, Robinson, Emde & Schmitz, 2001). Adicionalmente, la escuela debe ocuparse en ser un lugar de socialización y no solamente un sitio de transferencia de contenidos académicos, donde debe dominar la competencia social de forma directa y explícita desplegando habilidades socio- cognitivas en el individuo (López, Garrido, Rodríguez & Paino, 2002; Zaff, Moore, Papillo & Williams, 2003).

Por otro lado, el adolescente, para tener un buen desarrollo evolutivo, se ve en la necesidad de encontrar una constante afiliación entre sus pares, volviéndolo un hecho cotidiano; sin embargo, el impulso a la incorporación a un grupo de iguales se puede ir modificando a lo largo del ciclo vital del individuo (Rodrigo et al, 2004; Persson, 2005).

CONCLUSIONES

Por desgracia, cuando se observa un comportamiento prosocial, a menudo no conocemos los motivos del actor para su comportamiento. Esto hace que sea difícil de determinar si es producto de las prácticas de socialización o existen otros factores influyentes en el desarrollo de comportamientos prosociales. Las teorías que intentan explicar la conducta prosocial son variadas, desde el aprendizaje social, la reducción de la tensión, la norma, el intercambio o la equidad, la atribución, hasta las teorías de razonamiento moral; incluyendo nuevas perspectivas teóricas que han sido desarrolladas por los investigadores y que se centran en conocer por qué las personas actuamos o no actuamos prosocialmente.

En síntesis, la conducta prosocial es sin duda una forma de vida y de ayudar a los demás, así como la solidaridad, el voluntariado y la empatía, aspectos que favorecen la prevalencia de las conductas prosociales y que desarrollan habilidades en los adolescentes, las cuales se pueden evidenciar en los contextos escolares en la medida en que disminuyen los comportamientos agresivos que

surgen de la falta de asertividad que reportan los adolescentes en las relaciones con sus iguales.

Es importante clarificar la diferencia entre conducta prosocial y altruista porque toda conducta altruista es una conducta prosocial, pero no toda conducta prosocial es altruista, ya que una conducta voluntaria que suponga un beneficio para otro será prosocial, pero sólo será altruista si, además, implica algún costo para el autor de dicha conducta. En general, parece haber acuerdo en llamar conducta prosocial a los comportamientos llevados a cabo voluntariamente para ayudar o beneficiar a otros, mientras que el altruismo responde a los actos prosociales llevados a cabo por motivos o valores internos sin buscar ningún tipo de recompensa externa (Holmgren, Eisenberg & Fabes, 1998).

La emoción juega un papel particularmente importante en el desarrollo de respuestas de preocupación por los demás así como de comportamientos prosociales, es decir, las personas que son capaces de regular su respuesta emocional vicaria tienen más probabilidades de sentir simpatía hacia las necesidades de otras personas, lo que favorece la conducta prosocial.

En otro orden de ideas, es vital el estudio de las actitudes hacia el comportamiento prosocial de los adolescentes porque permite, en cierta manera, adelantarnos a la conducta y formar una idea más estable de la realidad de los jóvenes, considerándolos actores participativos en el cambio y mejora de su sociedad y del mundo.

En cuanto a las diferencias de género en conducta prosocial los datos existentes no parecen llevar a conclusiones consistentes. En un gran número de estudios no se han encontrado diferencias entre ambos géneros en la tendencia a ayudar o compartir, mientras que otros trabajos concluyen mayores niveles de prosociabilidad en el género femenino y mayores niveles de conducta antisocial en el masculino, tanto con muestras infantiles como de personas adultas.

Finalmente, la complejidad de nuestra sociedad requiere de altos niveles de cooperación y buena



voluntad recíproca. Sin embargo, no está muy claro por qué algunos individuos están dispuestos a gastar su tiempo y recursos en el bienestar de los demás. Como conclusión de este trabajo podríamos hacernos varias preguntas: ¿Hay un beneficio oculto en nuestra prosociabilidad? ¿Por qué decidimos comportarnos prosocialmente? ¿Existe realmente una personalidad prosocial o hay personas más inclinadas que otras a ayudar a los demás?

¿El comportamiento prosocial está determinado principalmente por las fuerzas situacionales y ambientales? Estas y otras preguntas han guiado el estudio de la conducta prosocial durante muchos años.

Sin lugar a dudas, éste es un campo de investigación en estado incipiente en el que aún quedan muchas cuestiones por responder.



REFERENCIAS

- Arias, W. (2013). Agresión y violencia en la adolescencia: La importancia de la familia. *Av. psicol.*, 21, 1, 23-34.
- Benson, P.L., Scales, P.C., Hamilton, S.F. & Sesma, A. (2006). Positive youth development: Theory, research and applications. En R.M. Lerner (Ed.), *Theoretical models of human development. Handbook of child psychology* (pp. 894-941). Hoboken, NJ: Wiley.
- Calvo, A. J., González, R. & Martorell, M. C. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 24, 95-111.
- Carlo, G., Hausmann, A.; Christiansen, S. & Randall, B. A. (2003). Socio cognitive and behavioral correlates of a measure of prosocial tendencies for adolescents. *Journal of Early Adolescence*, 23, 107-134.
- Caprara, G. V. & Zimbardo, P. G. (1996). Aggregation and amplification of marginal deviations in the social construction of personality and maladjustment. *European Journal of Personality*, 10, 79-110.
- Chacón, F. (1985). Altruismo y conducta de ayuda: Una taxonomía de Episodios Sociales de Ayuda. Tesis Doctoral no publicada. Universidad Complutense de Madrid.
- Davidov, M. & Grusec, J. E. (2006). Untangling the links of parental responsiveness to distress and warmth to child outcomes. *Child Development*, 77, 44-58.
- Den Bak, I. & Krasnor, L. R. (1991). Effects of Emotion and Goal Value on Social Problem-Solving. Comunicación presentada a la Biennial Meeting of the Society for Research in Child Development (Seattle, WA, 18-20 Abril).
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, Regulation and Moral Development. *Anual Review of Psychology*, 51, 665-697.
- Eisenberg, N. & Valiente, C. (2002). Parenting and children's prosocial and moral development. En M. H. Bornstein (Ed.). *Handbook of parenting: Vol. 5. Practical issues in parenting* (pp. 111-142). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Eisenberg, N., Zhou, Q., Spinrad, T.L., Valiente, C., Fabes, R. & Liew, J. (2005). Relations among positive parenting, children's effortful control and externalizing problems: A three-wave longitudinal study. *Child Development*, 76, 1055-1071.
- Enciso, E. & Lozano, M. (2011). Diferencias de actitudes y estrategias cognitivas en jóvenes vinculados y no vinculados a programas de voluntariado. *Psychología: Avances de la disciplina*, 5 (2), 81-93.
- Etxebarria, I., Fuentes, M.J., López, F., Ledesma, A.R., Apocada, P. & Ortiz, M.J. (1993). Empatía, role-taking y concepto de ser humano como factores asociados a la conducta prosocial - altruista. *Revista de Psicología Social*, (61), 78-88.



- Fuentes, M. J., López, F., Etxebarria, I., Ledesma, A. R., Ortiz, M. J. & Apocada, P. (1998). Conducta Pro-social en Preescolares. *Infancia y Aprendizaje*, 61, 45-61.
- Galán, E. & Cabrera, P. (2002). Características personales y madurez del voluntariado. *Revista de psicodidáctica*, 1-15. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/175/17501404.pdf>
- Garaigordobil, M. & García, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18, (2), 180-186.
- Gibbs, J., Basinger, K. & Grime, R. (2000). Moral judgment maturity: From clinical to standard measures. En S.J. López & C.R. Snyder (eds). *Positive Psychological Assessment*. Washington: A.P.A.
- Gómez, A. & Gaviria, E. (2007). Conducta de ayuda, conducta prosocial y altruismo. En J.F. Morales; M.C. Moya, E.Gaviria & E. Cuadrado (Eds.). *Psicología social*. 3^a edición. Madrid: McGraw Hill, pp. 387-413
- Gómez, R., Hernández, B., Rojas, U., Santa Cruz, O. & Uribe, R. (2008). *Trastornos de ansiedad en adolescentes: Psiquiatría clínica, diagnóstico y tratamiento en niños, adolescentes y adultos*. Bogotá: editorial médica internacional.
- González Portal, M. D. (1995). *Conducta prosocial: evaluación e intervención*. Madrid: Morata.
- Grusec, J. & Goodnow, J. (1994). Impact of parental discipline methods on the child's internalization of values: A reconceptualization of current points of view. *Developmental Psychology*, 30(1), 4-19.
- Grusec, J. E., Goodnow, J. J. & Kuczynski, L. (2000). New directions in analyses of parenting contributions to children's acquisition of values. *Child Development*, 71, 205-211.
- Gutiérrez, M., Escartí, C. & Pascual, C. (2011). Relaciones entre empatía, conducta prosocial, agresividad, autoeficacia y responsabilidad personal y social de los escolares. *Psicothema*, 23, (1), 13-19.
- Hastings, P.D., Utendale, W.T. & Sullivan, C. (2007). The Socialization of Prosocial Development. En J.E. Grusec & P.D. Hastings (eds.). *Handbook of Socialization: Theory and Research*. (pp. 638-664). New York: Guildford publications.
- Hernández, A. (2005). Conducta altruista vs. Conducta prosocial: ¿por qué a veces ayudamos a las personas y otras veces no? Recuperado el 15 de julio del 2013 de <http://www.efdeportes.com/efd81/conducta.htm>
- Herrero, O., Ordóñez, F., Salas, A. & Colom, R. (2002). Adolescencia y comportamiento antisocial. *Psicothema*, 14, 2, 340-343
- Holmgren, R., Eisenberg, N. & Fabes, R.A. (1998). The Relations of Children's Situational Empathy related Emotions to Dispositional Prosocial Behaviour. *International Journal of Behavioral Development*, 22, 169-193.
- Inglés, C. J., Martínez-Monteagudo, M. C., Delgado, B., Torregrosa, M. S., Redondo, J. & Benavides, G. (2008). Prevalencia de la conducta agresiva, conducta prosocial y ansiedad social en una muestra de adolescentes españoles: un estudio comparativo. *Infancia y Aprendizaje*, 31, 449-461.



- Ingles, C. J., Martínez- González, A. E., Valle, A., García-Fernández, J. M. & Ruiz-Estebar, C. (2011). Conducta prosocial y motivación académica en estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *Universitas Psychologica*, 10 (2), 451-465.
- Lahno, B. (1995). Trust, reputation, and exit in exchange relationships. *Journal of Conflict Resolution*, 39(3), 495– 510.
- Lichter, D. T., Shanahan, M. J. & Gardner, E. L. (2002) Helping others? The effects of childhood poverty and family instability on prosocial behavior. *Youth and Society*, 34, 89–119.
- López, M. & Chacón, F. (1997). *Intervención Psicosocial y Servicios Sociales. Un enfoque participativo*. Madrid: Síntesis Psicología.
- López, M., Garrido, V., Rodríguez, F. & Paíno, S. (2002). Jóvenes y competencia social: Un programa de intervención. *Psicothema*, 14, 155-162.
- Marín, E. J. (2010). Revisión teórica respecto a las conductas prosociales. Análisis para una reflexión. *Psicogente*, 13 (24), 369-388.
- McMahon, S., Wernsman, J. & Parnes, A. (2006). Understanding prosocial behavior: the impact of empathy and gender among African American adolescents. *Journal of Adolescent Health*, 39, 135-137.
- Merlino, A., Roqué, G. & Virdó, E. (2007). Solidaridad: discurso y conducta. Identificación y análisis de las actitudes relacionadas con la conducta solidaria *Revista de Ciencias Sociales*, (32), 1-31.
- Mestre, V., Samper, P. & Frías, M. D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232.
- Mestre, M.V., Frías, M.D. & Samper, P. (2004). La medida de la empatía: análisis del Interpersonal Reactivity Index. *Psicothema*, 16, 255-260.
- Mestre, M.V., Tur, A., Samper, P., Nácher, M.J. & Cortés, M.T. (2007). Estilos de crianza en la adolescencia y su relación con el comportamiento prosocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39(2), 211-225.
- Mirón, L., Otero, J.M. & Luengo, A. (1989). Empatía y conducta antisocial. *Análisis y Modificación de Conducta*, 15 (44), 239-254.
- Molero, C., Candela, C. & Cortes, M.T. (1999). La conducta prosocial: una visión de conjunto. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 31(2), 325-353.
- Moñivas, A. (1996). La conducta prosocial. *Cuadernos de Trabajo Social*, (9), 125-142.
- Muñoz, J.J. (2004). Factores de riesgo y protección de la conducta antisocial en adolescentes. *Rev Psiquiatría Fac Med Barna*, 31, 1, 21-37
- Navarro, R. (2003). Factores asociados al rendimiento académico. *Revista Iberoamericana de Educación*, 12, 1-20.



- Penner, L. (2002). Dispositional and Organizational Influences on Sustained Volunteerism: An Interactionist Perspective. *Journal of Social Issues*, 58, (3), 447-467.
- Persson, G. E. B. (2005). Young children's prosocial and aggressive behaviors and their experiences of being targeted for similar behaviors by peers. *Social Development*, 14, 206-228.
- Picas, J. (2003). Las ONG y la cultura de la Solidaridad: laética mínima de la acción humanitaria. *Revista de Sociología*, (71), 65-76.
- Redondo, J. & Inglés, C.J. (2009). *Conducta prosocial. Atribuciones causales y rendimiento académico en adolescentes*. San Juan de Pasto: Editorial I.U. CESMAG
- Retuerto, A. (2004). Diferencias en empatía en función de las variables género y edad. *Apuntes de Psicología*, 22, (3), 323-339.
- Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. & Martín, J. C. (2004). Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*, 16, 203-210.
- Rumble, A.C. (2004). Empathy-induced cooperation and social dilemmas: an investigation into the influence of attribution type. *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*, 64 (7-B), 3.585.
- Sánchez-Queija, I., Oliva, A. & Parra, A. (2006). Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 21,3, 259-271.
- Triana, M. V., Muñoz, A. M. & Jiménez, M. (2000). *Competencia social: su educación y tratamiento*. Madrid: Pirámide
- Urquiza, V. & Casullo, M. (2005). Empatía, razonamiento moral y conducta prosocial en adolescentes. *Anuario de Investigaciones*, 13, 297-302.
- Zaff, J. F., Moore, K. A., Papillo, A. R. & Williams, S. (2003). Implications of extracurricular activity participation during adolescence on positive outcomes. *Journal of Adolescent Research*, 18, 599-630.
- Zahn-Waxler, C., Schiro, K., Robinson, J. L., Emde, R. N. & Schmitz, S. (2001). Empathy and prosocial patterns in young MZ and DZ twins: Development and genetic and environmental influences. En J. K. Hewitt & R. N. Emde (Eds.). *Infancy to early childhood: Genetic and environmental influences on developmental change*. (pp. 141-162). London: Oxford University Press.